

EL ESCRITOR

D. Enrique escribió mucho. Esta afirmación es fácil demostrarla: baste ver la cantidad de sus escritos publicados y por publicar. Claro, lo primero que habría que esperar de esta nota mía sería el catálogo completo de lo que salió de su pluma. Pero eso yo no lo puedo hacer, y por otra parte ese trabajo ya se hace en este mismo número de la revista de manera exhaustiva, en lo posible. Me remito de momento a los tres volúmenes de *escritos* publicados no hace mucho tiempo: Roma- Barcelona, 1977, 1347, 853, 928 páginas, respectivamente. Al de *cartas*, publicado en Barcelona, 1969, 592 págs. Agavilla 513 cartas. Y a la colección de la *Revista de Santa Teresa de Jesús*, en donde desde octubre de 1874 hasta enero de 1896 escribió mes tras mes incansablemente. Quedan cantidad de cartas por conocerse, y notas y documentos, que pueden quizá poner más de relieve su perfil de escritor. Creo sin embargo que con el material de que disponemos puede hacerse una valoración exacta de esta actividad del P. Ossó. Una actividad que llena toda su vida sacerdotal, que significa algo importantísimo en su vida de apóstol.

Claro es que a D. Enrique hay que estudiarle en "su circunstancia". Una circunstancia que es el momento histórico español en el cual le tocó vivir, momento que tiene su religiosidad con sus matices específicos, que tiene sus problemas sociales y políticos, su cultura determinada bajo todos los aspectos de la misma. Y una circunstancia determinada que era él mismo, con su psicología, su vocación personal cristiana y sacerdotal, su formación, y la misión o misiones en que esa vocación se realizó. A un hombre no le podemos pedir lo que él no pudo ser o no quiso ser. En nuestro caso nos encontramos con un hombre santo, que imantó su vida según él descubría la voluntad de Dios sobre ella. Todo esto hay que tenerlo más o menos en cuenta para hacer la crítica de D. Enrique como escritor. Aquí no podemos hacer el estudio de todos estos temas, pues haría falta un libro, y por otra parte varios de ellos se tocan en otros trabajos de este volumen. Sólo haré unas breves observaciones sobre aquello que más interesa a nuestro intento.

* * * * *

Los comienzos de su vida sacerdotal coincidieron con la aguda crisis que atraviesa España de 1868 a 1875. Cambios políticos que acarrearón forcejeos ideológicos, sociales, religiosos, a manta. Tortosa no fue de las ciudades menos afectadas. Los enfrentamientos entre liberales y carlistas se radicalizaron en su entorno. Y D. Enrique no rehuyó el compromiso sacerdotal recién adquirido. Dos quehaceres principalmente llenan por entonces su tiempo: la *Catequesis* y la publicación de *El Amigo del Pueblo*. Dos quehaceres que le ponen la pluma en la mano.

El Amigo del pueblo (1871-1872), un semanario batallador, entrena al periodista. La *Catequesis* le lleva a escribir su libro: *Guía práctica del catequista* (1872). Ya tenemos al escritor en acción. Luego vendrá la *Revista de Santa Teresa de Jesús* (1872), y cantidad de *libros* y de *cartas*.

¿Cómo estaba preparado D. Enrique para esa tarea de escritor? Hay que reconocer que era hombre de talento, sobre todo práctico. Sus escritos,

sus obras, el testimonio de los que le conocieron, lo abona. En cuanto a su formación intelectual no pudo ser muy brillante. Sus estudios en Tortosa y en Barcelona discurren en aquellos años en que el estiaje de nuestros centros eclesiásticos de formación llega quizá a su último extremo. Es verdad que un rescoldo de tomismo repetido se conservaba en los Seminarios catalanes. Y el de Barcelona era entonces de los que mejor se defendían. Pero sin vuelo ni creatividad especial. Es curioso e interesante constatar que D. Enrique se distinguió en sus estudios de “ciencias”. El Seminario barcelonés las cultivaba con altura (cosa entonces extraordinaria en nuestros Seminarios) por contar como profesor al célebre D. Jaime Arbós y Tor. De él fue alumno aventajado D. Enrique. Y así consiguió conocimientos nada corrientes en física y química y en matemáticas. De estas últimas sería él mismo después profesor en el Seminario de Tortosa. Y esta formación científica le valdría no poco para orientar más tarde a sus teresianas, y hasta para poner esa nota de precisión en su pensamiento y en su proyección hablada y escrita, que aparece siempre en nuestro autor.

En cuanto a su *formación literaria*, que es aquí lo que más nos interesa, tenemos que anotar que debió ser esmerada. Es verdad que su lengua materna es el catalán, y que sin embargo él escribe siempre en castellano. Hay que comprender la dificultad: supongo que de ordinario pensaría en catalán, y que al escribir tendría que ir traduciendo lo que pensaba. Esto al menos en sus primeros años, y a lo mejor siempre. Sin embargo, él superó la dificultad, y llegó a escribir un castellano sencillo, pero digno. No es evidentemente un clásico. Pero escribe con soltura, con buena síntesis, con un léxico, si no abundante (la temática de sus publicaciones tampoco lo exigía) sí suficientemente variado y auténtico. El estilo un poco igual siempre. El escribir tanto como escribió le facilitó sin duda ese arte de manejar la pluma. Pero supongo además que su estudio de la gramática castellana sería concienzudo, como ocurre siempre que uno quiere conocer una lengua no aprendida en casa. Así pasó con muchos escritores catalanes de esa época. Se ha podido afirmar, por ejemplo, que los escritos castellanos de un Torras y Bages son más correctos de lenguaje que sus escritos catalanes (M. Batllori s. j.). Al tener que expresarse en una lengua extraña se pone generalmente más cuidado. Luego, la práctica abundosa, como en el caso del P. Ossó, lo facilita enormemente y lo llega a hacer connatural. Además nos consta por sus biógrafos que se ejercitó mucho en la lectura de los mejores clásicos castellanos: Luis de León, Luis de Granada, y sobre todo su Santa Teresa. Necesariamente tenía que pegársele su buen decir, y sobre todo de la Santa algo de esa manera plástica, jugosa, armoniosa, de hablar de la gran escritora. Pero él en definitiva no quiso ser ni presumió jamás de literato. Él no hacía literatura sino apostolado.

Luego tengamos en cuenta al valorar la obra escrita de D. Enrique que él tampoco fue ni quiso ser nunca un “intelectual” en el sentido refinado de esta palabra, ni un investigador de nada, él quiso ser y fue siempre un escritor apostólico popular. Ni más ni menos. Esto es evidente. Por eso escribe en ese tono sencillo, de divulgación, hasta coloquial, en el doble sentido de utilizar frases de la calle (modismos) y de escribir en forma de diálogo, como gusta en ocasiones. Pero nunca es chabacano ni vulgar en el sentido peyorativo de esta palabra. Siempre es digno, y hasta con nobleza no pocas veces. Él era periodista, propagandista, sembrador incansable del bien a manos llenas en

aquella hora difícil que le tocó vivir. La comparación con otras figuras contemporáneas suya es tentadora. Y afirmo sin miedo que está a la altura de las mejores en lenguaje y estilo, en doctrina y en calor piadoso. En esto último yo diría que es más que ninguno. Y pienso por ejemplo en su contemporáneo, compatriota y amigo, Félix Sardá y Salvany, con su semanario *Revista Popular* y sus trescientos y pico libros y opúsculos. Más apologético Sardá. Más combativo aunque sereno. Más estilista, sobre todo en algunos de sus libros famosos y de sus meses devotos. Pero menos caliente que Ossó, menos ungido. Luego tendremos ocasión de recordar otros nombres célebres y de compararlos con él.

Esta nota de calor comunicativo, directo, del estilo de Don Enrique ¿hace de él un *escritor romántico*? Pienso que no. El romanticismo no hizo mucho impacto en la espiritualidad española. El romanticismo literario traduce esa sensibilidad morbosa, melancólica y vacía, de la cultura del mismo nombre. Y los escritos del P. Ossó son muy otra cosa. Sí, abundan en afectos, en querer tocar al corazón, multiplican las exclamaciones, no son infrecuentes las lamentaciones, pero contienen siempre doctrina, se apoyan en textos bíblicos, salesianos, teresianos, etc. Enseñan y mueven. Es en esto, de nuevo, popular cien por cien. Pero, hay que concederle, su estilo se resiente de los gustos de la época, de ese residuo formal más que real, que el romanticismo inyectó en el ambiente, y que se iba ya en descenso, pero que aún era persistente y se atardaba en los escritores, sobre todo populares, de la segunda mitad del siglo XIX. Un poco demasiado afectivos, un poco tristes (¡y había por qué!), un poco reiterativos. Si no hubiese sido algo de eso D. Enrique no hubiera sido verdaderamente popular.

Pero *positivo* en definitiva, constructor, dando doctrina sana y nutritiva siempre. Cierto, no maneja abundantemente, como hoy nos entusiasma, la Sagrada Escritura ni las fuentes que proporcionan los textos de la Liturgia. En esto es también hombre de sus días. El movimiento bíblico apenas apuntaba entonces, y el movimiento liturgista estaba en mantillas. Pero D. Enrique sabe manejar suficientemente los textos bíblicos claves, y además sus escritos llevan el mejor jugo evangélico y paulino siempre. En esto le ocurre lo que a su Santa Teresa. Pocos textos pero fundamentales. Y todo empapado de sabor escriturístico. En cuanto a la Liturgia es obligado recordar que la primera manera de oír la Santa Misa que propone en el *Tesoro de la juventud* es la de seguirla al pie de la letra con el sacerdote. A este fin inserta todos los textos del ordinario de la misma, más los textos del propio de la misa de la Santa de Ávila. Enseguida volveremos sobre el contenido positivo y formativo de sus escritos espirituales y de devoción.

Para ser completos subrayemos esa nota de *seguridad doctrinal* de todas sus publicaciones y enseñanzas. Desde luego, D. Enrique no fue político ni se mezcló en banderías políticas. Pero doctrinalmente fue decidido antiliberal. Es más sus simpatías estaban con los católicos integristas. Cierto, él se lamenta incesantemente de las divisiones entre los católicos españoles, y trata de que se superen. Para ello insiste machaconamente en estar atentos a las doctrinas de los Papas y de los Obispos. Su veneración por Pío IX es total, y no lo fue menos por León XIII. Pero publica en su revista, como documento importantísimo, la pastoral del obispo de Plasencia, Casas Souto, de marzo de 1885 (p. 174-182). También la del de Osma, Lagüera Menezo de abril del mismo año (p. 197-203). Registra la noticia de la muerte de D. Cándido

Nocedal en octubre de 1885 (p. 346). Y sobre todo exulta con la declaración romana de ortodoxia del libro discutido y famosísimo de su amigo Sardá y Salvany, *El liberalismo es pecado*, en febrero de 1887 (p. 137-141). Me parece sin embargo que sus posiciones se suavizan a lo largo del pontificado de León XIII. Insiste cada vez más en la unión de todos, como quería el Pontífice, en la sumisión a los obispos, siempre en él indefectible y sincera. Y sobre todo hay que afirmar que su pluma es combativa contra los enemigos declarados de su fe cristiana, como la masonería, la Institución Libre de Enseñanza, el liberalismo doctrinal y práctico, pero nunca contra los de casa, contra los católicos del color que fueran. D. Enrique no es un Mateo Gago, ni siquiera un Claravana, un Sardá, etc. Él estuvo más a lo suyo, a construir positivamente, a evangelizar, a espiritualizar.

También registremos la nota de *patriotismo* que rezuman sus escritos. Su mentalidad es en esto también muy de su tiempo. Cristianismo y españolismo van para él indisolublemente unidos. Un españolismo que él casaba perfectamente con un amor apasionado con su tierra catalana. Y la figura donde se concreta para él esa unión es la de santa Teresa. Se comprende que ello fuese así. Ya sé que esto no les irá a muchos hombres cristianos de hoy. La apologética de carácter histórico tiene un valor muy relativo. Y esa apologética está en la base de esas exaltaciones. Pero entonces esto valía ante muchos espíritus y hasta ante pensadores de altura. Por otra parte la historia no era el fuerte de D. Enrique. Su crítica histórica es nula. En los ejemplos que suele poner en sus escritos de devoción recoge, sin distinguir, cualquier historia o leyenda de por ahí. No le preocupaba esto gran cosa, como a la mayoría de los escritores populares de siglos pasados.

Del fuerte *acento teresianista* de sus obras todas hablaremos después. Hagamos ahora algunas observaciones sencillas sobre sus escritos, agrupándolos por materias. Me remito otra vez al elenco de los mismos que figura al comienzo de la edición de sus obras antes citada (p. 11-16). Los designo, para simplificar, con el número que en esa lista bibliográfica llevan.

* * * * *

1. *Escritos jurídicos*. Aquí podemos incluir los *reglamentos* que redactó para sus diversas asociaciones, y sobre todo los que escribió para su Compañía de Santa Teresa: números 1, 2, 13, 14, 16, 17, 26, 30, 53, 56, 57... Las *Constituciones* para esta su obra más trascendental y predilecta son interesantes, porque, adelantándose a sus tiempos, no son una mera colección ordenada de normas, sino que son un documento doctrinal a la vez. Hay además que estudiarlas envueltas en ese conjunto de “directorios” y de “notas” que fue consignando por escrito, un poco al desgaire, en unas u otras ocasiones, y que han quedado sin elaborar en forma definitiva. Claro, muchos de estos escritos podrían figurar también en el apartado de escritos pedagógicos que enseguida veremos. En el volumen II de la colección de los mismos ya citada se hace un esfuerzo por ordenar muchas de esas notas que, a pesar de su incomplección, son sin embargo preciosas.

2. *Escritos catequísticos y pedagógicos*. Él desde pequeño quiso ser maestro. Era una vocación innata, que al doblarse de sacerdotal, le hizo maestro y pedagogo consumado, estupendo.

Su primera actividad pastoral fue la catequesis infantil, ya lo dijimos. Y eso le llevó a escribir, que fue otra de sus vocaciones declaradas y de por vida. No vamos a estudiarle aquí como pedagogo; se hace en este volumen ex profeso. Únicamente me permito decir que su *Guía práctica del catequista* (nº 3) es un libro exponencial. Ya lo han proclamado así autoridades como el obispo catequista D. Daniel Llorente y el cardenal de Toledo D. Marcelo González. Me gustaría haber podido conocer el *Tesoro del Catequista*, que escribió el obispo de Tortosa Miguel José Pratmans y Llambés (+1861), y que adaptó luego el célebre P. José Mach y Escriu s. j. (Porto, 1878). Sin duda, alguna inspiración encontraría allí D. Enrique para su obra. Él cita al venerable prelado más de una vez a lo largo de la misma. También, entre otros más, nombra al P. Juan Planas y Congost, o. p. (+1886), cuyas obras de pastoral y catequesis estuvieron en manos de todo el clero español, sobre todo catalán, durante decenios. Su libro *El catequista orador* (Barcelona, 1879) es sin embargo muy otra cosa y posterior al de D. Enrique. Por supuesto, el catecismo y los trabajos catequísticos de su querido santo P. Claret los tuvo siempre ante la vista. Pues bien, el libro de D. Enrique es único y excepcional. El primer *tratado* sobre catequesis que se escribe en España, muy completo, muy en gran parte actual. Y lo escribió en 1872, al comenzar su carrera de escritor.

Pero habría que añadir aquí muchos otros escritos. Como la mayor parte de los indicados antes para sus teresianas. La frase de la Santa: *procure ser amada para ser obedecida* (*Constituciones*, 23) es la clave de bóveda de toda la pedagogía de D. Enrique, que él incesantemente recuerda a toda clase de formadores. Véase también el nº 21: *Plan provisional de estudios en la Compañía de Santa Teresa de Jesús*. Y los libros de texto que escribió para su Colegios: *Rudimentos de Religión y Moral* (nº 34). *Rudimentos de Historia Sagrada* (nº 35). *Reglas fundamentales de Urbanidad* (nº 40). *Rudimentos de Historia de España*.

Pero es en la Revista donde hay que buscar artículos preciosos sobre estos temas. Sobre la Compañía, sus Colegios, sus métodos. Sobre los problemas de la enseñanza en España con los peligros y dificultades que bajo el punto de vista religioso la acechaban: *El mayor enemigo en casa* (La Institución Libre), 1879, 3-7. *La secularización de la enseñanza*, 1880, 169-172. *El mal avanza*, 1887, 360-361. *La verdadera educación*, 1887, 20-22. *Enseñanzas y síntomas los más alarmantes*, 1891, 130-132, etc.

El volumen III de la colección de escritos citada recoge seis artículos sobre el problema trascendental de las vocaciones eclesiásticas (p. 821-837; 861-863). Es tema fundamentalmente formativo y educacional que D. Enrique detectó vivamente. Estaba al rojo en sus días. Y habló magníficamente sobre el mismo. Aunque sus actividades no derivaron lego sobre ese campo de apostolado, que cultivó su amigo y paisano D. Manuel Domingo y Sol.

A continuación (p. 837-861) varios trabajos nos hablan de los problemas de la enseñanza en general, sobre todo la que se refiere a la mujer. Así como 12 Cartas sobre la educación de la mujer (p. 885-927). Estas últimas deliciosas de contenido y de forma. Son un pequeño tratado de pedagogía que merece publicarse aparte, y que no ha perdido en casi nada actualidad. D. Enrique gustaba repetir: educar a un niño es educar a un hombre; educar a una mujer es educar a una familia. Es cierto, que esta afirmación ha perdido fuerza al evolucionar como ha evolucionado la vida familiar y al absentismo alarmante y

creciente de la mujer en la misma. Pero aún en parte es verdadera. El papel de la mujer será siempre importantísimo en la familia, y hoy también fuera de ella. Por eso D. Enrique daba en diana. Y sus obras ahí principalmente se dirigieron. Y sus escritos también. Por eso es indispensable estudiarlos para explicar muchos otros nombres y obras que vinieron después: Manjón, Ruiz Amado, Poveda, Llorente, Tusquets, etc.

3) *Escritos polémicos y apologéticos*. Poco sobre este apartado. Numerosos artículos y breves notas de la Revista teresiana nos entregan las inquietudes del alma sacerdotal de D. Enrique ante los problemas candentes de su tiempo: enseñanza, Francia que se seculariza y hasta persigue a los religiosos, divisiones de los católicos españoles, etc. Ya dijimos que su actitud es positiva siempre a pesar de tener que ser de protesta al mismo tiempo. Es también aquí donde hay que colocar su *Catecismo acerca de la masonería* (nº 28), que publica en 1884, y que es una adaptación en preguntas y respuestas de la encíclica de León XIII: *Humanum genus*. Así como el *Catecismo de los obreros y de los ricos* (nº 33) de 1891, y que es un trabajo igual sobre la encíclica famosa *Rerum novarum*. Estos escritos nos dicen de las preocupaciones pastorales del P. Ossó, que se extendían a todos los problemas de la Iglesia y del mundo, aunque él principalmente se fijase en la raíz de todos: la educación.

4) *Escritos espirituales doctrinales*.

5) *Escritos devocionales*.

Los pongo juntos, porque aunque teóricamente habría que distinguirlos, prácticamente se interfieren. Estos escritos son, con los pedagógicos, el fuerte de D. Enrique.

En primer lugar son numerosísimos. Podemos apuntar los números siguientes: 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 15, 18, 22, 23, 24, 25, 27, 29, 31, 32, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52. A los que habría que sumar muchos artículos de la Revista sobre todos los que escribe *sobre la oración*, y que, a partir del nº 5 de la misma, es en casi todos los números de la misma bajo la plica: *Desde la soledad*, y firmados por *El Solitario*.

En segundo lugar situémonos desde la perspectiva del autor: dar doctrina y avalar en la praxis al pueblo cristiano en general.

Primero dar doctrina. Y lo hace. Los artículos aludidos sobre la oración forman un tratado práctico y sencillo, pero sustancioso, acerca de la misma, su necesidad, sus dificultades, sus maneras... Se podría publicar como un libro muy útil, evitando algunas repeticiones, inevitables a lo largo de tantos años como D. Enrique insistió sobre el tema. No hace falta advertir que tratándose de oración el recurso a Santa Teresa es constante.

La oración es también el objeto de su *Cuarto de hora de oración*, que bien merece un artículo ex profeso en este volumen, ya que su éxito de más de cincuenta ediciones constituye un fenómeno digno de estudiarse.

La inmensa mayoría de sus otros libros son *devocionales*: meses, novenas, triduos... en honor del Espíritu Santo, del Sagrado Corazón, de la Virgen María, de San José, de Santa Teresa, de San Francisco de Sales... Son las principales devociones de D. Enrique. No nos extrañemos. Y expliquémoslo.

La piedad del siglo XIX fue intensamente devocional. No hacen falta pruebas. Basta repasar la literatura piadosa de esa época; basta acercarse a cualquier biografía de cualquier espiritual de ese tiempo. Por eso abundan los *devocionarios*, libros que recogen las principales prácticas de piedad que entonces privaban. Uno de los más importantes que se publicaron fue *El tesoro de la juventud* de nuestro autor (1890). Él mismo lo llamó: devocionario razonado y completo. También es muy extenso *El devoto josefino, Devocionario que comprende las oraciones y prácticas de piedad fundamentales de la vida cristiana* (1892).

De acuerdo, estos libros ahora no nos van. Pero eso ni quita ni pone sobre su valor y su utilidad en otros tiempos. La espiritualidad cristiana, su devoción, su piedad, como quiera llamarse, siempre comporta su tanto de devocional. Es decir, esa espiritualidad se fijará con preferencia en uno u otro aspecto del misterio cristiano, y se expresará en unas u otras prácticas concretas, más o menos accidentales en sí mismas. Todo depende de la actuación multiforme del Espíritu, de la psicología de cada cual, del ambiente cultural que se respire, etc. Lo que importa es que la devoción particular de que se trate y su encarnación en prácticas sea todo ello de contenido ortodoxo y en sus maneras coherente con la fe y con la praxis esencial y sacramental de la Iglesia. Así las “devociones” sirven a la devoción, y son hasta cierto punto útiles y hasta necesarias, sobre todo para el pueblo cristiano sencillo, que somos los más del pueblo de Dios. Y por eso siempre ha habido, hay y habrá devociones y prácticas devocionales. (Ahora también las tenemos). Las del siglo XIX fueron como fueron...En su clima cultural religioso se insertan los libros ossonianos devocionales. Ellos admiten el parangón, y en ciertos aspectos superan, a los de un San Antonio María Claret con su *Camino Recto*, de un P. Mach con su *Áncora de salvación* (devocionarios celebérrimos y con docenas de ediciones ambos), de un Sardá y Salvany con sus *meses modélicos de doctrina* y estilo, de un San Juan Bosco con su *Joven instruido*, y de tantos otros contemporáneos suyos que cultivaron este género literario devocional. (Remito para ulteriores explicaciones a mi libro: *La espiritualidad en el siglo XIX español* (Madrid, 1974), y al capítulo: *Espiritualidad y apostolado* (del mismo siglo en España) de próxima aparición en la *Historia eclesiástica de España*, en la ed. BAC).

Resumiendo, *la piedad devocional* que ofrece D. Enrique en sus libros la podríamos reducir a las notas siguientes.

a) Por supuesto, es una piedad *tradicional*. Él no fue un pensador original en el orden especulativo.

b) Pero *doctrinal*. Ya lo hemos dicho. Sus meditaciones, que ofrece en casi todas sus obras, sus reflexiones, sus notas, tienen solidez doctrinal siempre. Insisto, no es una piedad abstracta la suya. Él es meridional, hispano cien por cien. En España la piedad ha sido siempre en general, humana, afectiva, práctica. Así es en todo momento la de D. Enrique. Aunque no se había llegado entonces al biblismo de nuestro siglo, él no deja de citar con frecuencia textos bíblicos y de basarse en ellos. Su liturgismo es más pobre. Entre las maneras de oír la Santa Misa que recoge en el *Tesoro de la juventud* por ejemplo, cede a las tan repetidas desde la edad media del simbolismo de

gestos y ornamentos, a las de meditar los pasos de la pasión del Señor a lo largo de las ceremonias, etc.

c) *Prácticas devocionales*, muchas, abundosas, prefabricadas para sus lectores. Era entonces corriente. Y hay que reconocer que ese sistema facilitó y ayudó mucho a las gentes sencillas, con el riesgo inevitable de que se cayese en el formulismo y en la rutina. En esto la piedad del siglo XIX sigue siendo barroca a ultranza. Prácticas para comenzar el día, para terminarle. Meditación diaria, Misa, Comunión con multitud de oraciones, Rosario, etc. Confesión semanal con lujo de preparaciones. Horas santas los jueves. Visitas al santísimo. Cuarenta horas. Días especiales a lo largo del año. Retiro mensual. Preparación para la muerte. Reflexiones para elección de estado. Luego, devociones para los diversos aspectos del misterio: Trisagio a la Santísima Trinidad. Himnos y preces al Espíritu Santo. Jesucristo en todos sus principales misterios: infancia, adolescencia, eucaristía, pasión (Vía crucis), resurrección... María, con variedad de devociones y advocaciones. San José (él fue siempre devotísimo del mismo). No digamos a Santa Teresa. San Miguel. Ángel de la Guarda. Almas del purgatorio. Oraciones por el Papa: no perdamos de vista que en la segunda mitad del siglo XIX la devoción al Papa adquiere cumbres hasta entonces desconocidas; las desgracias de Pío IX, su bondad, las peregrinaciones a Roma, antes apenas posibles...suscitaron un fervor inmenso hacia él en los ambientes más piadosos del mundo católico. D. Enrique fue en esto también exponencial. Devociones a los santos (oraciones a varios de ellos), etc. He seguido por encima el *Tesoro de la juventud*, su devocionario más voluminoso.

d) *Metódica*. Este metodismo viene de muy atrás. Siempre ha habido algo. Pero desde la “devotio moderna” de finales de la edad media mucho más. Los jesuitas lo estandarizaron y acreditaron a escala mundial. El siglo XIX vive esa piedad jesuítica fuertemente. El P. Ossó es también deudor a esos moldes de vivir la piedad. Él es un extraordinario propagador de la *oración metódica o meditación*. No es sólo con *El Cuarto de hora*, sino también con sus meses, novenas...Esos libros no contienen solamente fórmulas de oración vocal, sino siempre meditaciones preparadas con sus preámbulos, puntos, propósitos, etc. D. Enrique gustaba repetir esa frase, que él atribuye a Santa Teresa: dadme cada día un cuarto de hora de oración y yo os daré el cielo... Y en verdad que él fomentó como pocos – iba a decir como ninguno – en su tiempo esa práctica saludable de la meditación. También ese metodismo se manifiesta en los *exámenes de conciencia* que propone en sus libros. En el mismo *orden* están las prácticas de piedad, a que invita normalmente. En los *Ejercicios espirituales*, que hace y que dirige, según el método de San Ignacio. El volumen II de *Escritos* inserta unos ejercicios para sus teresianas (p. 511-739), que son el espécimen de los que él tantas veces dio en su vida.

e) *¿Individualista?* Se ha acusado de ello a la piedad barroca y romántica. Y en parte al menos ello es cierto. Pero sólo en parte. La suficiente apertura hacia los otros y el indispensable sentido comunitario y eclesial existió siempre también, en general. Pero es verdad que el acento de gran parte de esa piedad y sus modos fueron bastante individualistas. Se pensaba demasiado en la propia salvación y se trataba principalmente con la vida

espiritual de asegurarla. Hay que reconocer que D. Enrique en sus obras se resiente también algo de esto. Pero solamente algo. En sus escritos, como en todas las actividades de su vida sacerdotal, la preocupación por los demás es palpable. Un apóstol como él no podía hacer de otra manera. Por eso sus Archicofradías, etc., fueron obras de piedad y de apostolado. Y ese espíritu apostólico se detecta también en sus libros devocionales: así encontramos por ejemplo, que en el quinto modo de oír Misa se va pidiendo por todas las necesidades y problemas de la Iglesia y del mundo. Lo mismo en la intención que pone para cada día de la semana en *El Tesoro*: conversión de unos y otros... En los propósitos de sus meditaciones muchas veces la finalidad es apostólica y caritativa. Por todo ello hay que decir que esa piedad ossonianiana fue también.

f) *Activa, práctica*, que miraba hacia la vida. Servía a las mil maravillas para forjar vidas auténticamente cristianas. Con sus maneras, accidentales cuanto se quieran, pero eficaces, útiles. Los resultados no podemos medirlos, son inmedibles, imponderables. Pero sin duda han sido inmensos. Una piedad, que animó a sus instituciones (Archicofradías, Compañía...), y que éstas a su vez fomentaron.

g) El signo vibrante de esa piedad proclamémoslo fuertemente, fue positivo, el del *amor divino*. Sin dejar de recordar el temor santo de Dios, la provisionalidad de esta vida, los novísimos... (todo ello tan de la piedad barroca), D. Enrique lleva siempre, insisto siempre, termina siempre en el amor de Dios. No dejemos de recordar su teresianismo y su salesianismo. Su espiritualidad, que debe mucho a San Ignacio y a otros espirituales ciertamente, es por encima de todo teresiana y salesiana. Su teresianismo no lo vamos a tratar aquí: es objeto de otro trabajo en este volumen. Sólo recuerdo que en él es algo vital, estilo total de vida, el espíritu teresiano, es decir, el cristianismo vivido según los matices y vibraciones del alma teresiana, empapa todo su vivir y actuar. Y lo explica. No es sólo una devoción por importante que se la quiera, es eso: su alma, su vida, su vocación, su misión, su carisma en una palabra.

Pero quería llamar la atención sobre su *salesianismo*. Porque D. Enrique quiso mucho a San Francisco de Sales y estuvo también empapado de su espíritu, un espíritu que se hace de amor de Dios, de humanismo, de suavidad. En 1894 publicaba el *Tributo amoroso al dulcísimo doctor San Francisco de Sales* (p. 633-712 del volumen III de *Escritos*). Se trata de una novena y triduo en honor del santo, con sus meditaciones correspondientes, etc. Este libro es expresión a la vez de su talante espiritual. Por eso, por su teresianismo y salesianismo, los libros ossonianos tenían que ser, y son, amorosos, positivos, animosos, humanos, afectivos... Sin embargo no pasan de ofrecernos una piedad más bien.

h) *Ascética*. A pesar de manejar constantemente a Santa Teresa, la literatura ossonianiana no se eleva a los altos niveles místicos de la santa doctora. Él escribía para todos, para el pueblo..., y no quiso adentrarse por ello en terrenos difíciles y para selectos. Es cierto que en 1896 se publicaron, después de su muerte, unos Apuntes o pequeño tratado de vida mística, que escribe en sus últimos días, allá en el conventito franciscano de Gilet. Y también es verdad

que en sus escritos sobre la oración en la Revista, que antes hemos recordado, y en otros escritos sobre la Santa, su pluma se asoma a aquellas altas regiones. Pero sobre todo hay que afirmar que su espiritualidad, sólidamente ascética, se abre y prepara magníficamente para conseguir una verdadera santidad de vida, que necesariamente comporta una vida mística esencial, a la que podrán acompañar más o menos, según la voluntad divina, todas las gracias y carismas que sean. (El libro: *La mujer grande*, que él publica en 1882, no es más que una reedición de la obra de ese nombre del P. Manuel Traggia, ocd., añadida por él).

6) *Cartas y documentos íntimos*. De estos últimos apenas tenemos nada: unas breves notas autobiográficas sin especiales confidencias. Las *cartas* son en conjunto documentos muy interesantes, que nos proporcionan datos históricos, sentimientos de su alma a través de los avatares de su vivir, vibraciones de su piedad tierna y fervorosa, sus maneras pedagógicas vivas de formar, animar, corregir a sus hijas...A falta de otros papeles que nos digan de su intimidad, éstos nos resultan preciosos. Por eso es de desear la publicación completa de su epistolario. Aunque muchas de esas piezas, las dirigidas sobre todo a sus teresianas, que son la mayoría de las publicadas hasta ahora, sean muchas veces algo repetitivas, otras no lo son, y las que se refieren a los problemas que afectaron tanto su corazón, como el pleito, la crisis de su Compañía..., serán documentos de primera importancia para poder enmarcar de manera lograda la vida de D. Enrique, y para conocer, en lo posible, el secreto de su corazón. Como modelos de sus cartas formadoras véanse las nueve que inserta el cardenal González en el capítulo 41 de su biografía de D. Enrique, escritas desde Roma el año 1894.

* * * * *

D. Enrique escribió mucho. Con sus escritos hizo un bien inmenso. En ellos divulgó doctrina cristiana y práctica de piedad. Con ellos enseñó a conocer y amar a Santa Teresa, su específica misión. Las enseñanzas elementales de la gran santa las adaptó y puso al alcance de todos. Él no se dedicó a estudios “científicos” teresianos a la moda de hoy. Dios le pidió otra cosa. De ese alto “lugar” teológico y espiritual que es Santa Teresa, “aún para algunos que apenas admiten otros”, como le decía en carta de marzo de 1874 el obispo de Ávila fray Fernando Blanco, D. Enrique supo extraer miel exquisita y repartirla a manos llenas hasta morir. Muchos de esos escritos ya no sirven para nuestro pueblo cristiano de hoy. Pero algunas páginas selectas sí, y, sobre todo, la intuición esencial de los mismos: presentar y divulgar el mensaje teresiano a los hombres de ahora. Porque la piedad cristiana y el teresianismo siempre son válidos y actuales, aunque sea distinta su presentación.

* * * * *

D. Enrique escribió hasta morir casi con la pluma en la mano. Su *Novena al Espíritu Santo*, está fechada el 14 de enero de 1896, diez días antes de su muerte (*Escritos*, III, 715-755). Lo dedica a la Virgen Inmaculada, y es un tratado completo y un himno al Santo Espíritu. Su himno final de ungido y

Mano de Oro: Enrique de Ossó, sacerdote y teresianista

consagrado sacerdote y hombre de Dios. Nada mejor podía haber sido la última página del santo escritor.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE